

*Instrucciones para pensar a
México desde la razón
nómada*

Existen distintas instrucciones para armar eso que, por economía del lenguaje, denominamos México. Se puede acceder a descifrar a México por el camino de su inmensa y variada geografía o por la ruta de su gastronomía mestiza premiada en todo el mundo. Es posible salir del laberinto mexicano si se recurre al estudio de los procesos y actores políticos y sociales de su historia milenaria o al recurso de los mundiales en los que ha participado y fracasado el equipo tricolor.

Carlos Pereda se atreve a armar el rompecabezas del México de sus recuerdos y también de sus emociones, como diría Luis Villoro, a partir de un *pensamiento nómada* que invita a sus no pocos lectores, colegas, estudiantes y discípulos a realizar un triple salto mortal de trapecio a trapecio —y sin red de protección—, en el circo de la cultura mexicana. “Pensar a México entre otros reclamos” es un libro valiente y original que refleja con transparencia, profundidad y elegancia muchas de las preocupaciones intelectuales, políticas y morales que han acompañado al autor a lo largo de su ya larga y prolífica trayectoria académica realizada, principalmente, en instituciones de educación superior de Uruguay, Alemania y México: el cuidado de las palabras; la naturaleza y alcances de la razón; la relación entre la filosofía y la historia, la literatura, el arte y las ciencias; la historia de la filosofía en México y América Latina.

Pero antes de ingresar a la sala del pensamiento mexicano, Pereda, como sabio maestro yedi de las artes de la prudencia, nos advierte en el primer apartado de su libro de los peligros que supone pensar al país de las tlayudas y los tamales de chipilín desde las premisas de la *razón arrogante*, una razón que no puede ocultar que la soberbia no es más que la otra cara del miedo y la inseguridad. Bajo el ropaje de la *razón colonial*, el autor identifica *tres vicios coloniales* de la razón arrogante que contaminan y quizá clausuran la conversación pública y convierten el quehacer académico en un simple juego de espejos y vanidades: 1) el fervor sucursalero, que refleja la ansiedad por exhibir una identidad de afiliado a alguna Casa Matriz del Poder o del Pensamiento, otorgando, de paso, certificados para menospreciar y licencias para marginizar; 2) el afán de novedades, que si bien reacciona en contra del vicio del afán sucursalero, sucumbe a la deriva sin rumbo que supone que lo nuevo, solo por el hecho de serlo, es mejor que todo aquello que le antecede; y 3) el entusiasmo nacionalista, que nace como respuesta tanto al fervor sucursalero como al afán de novedades, pero se atasca en una suerte de anti-malinchismo que se resume en una frase de obvia resolución que no merece mayores comentarios: “como México no hay dos”.

Carlos Pereda encuentra en la *razón porosa* el dispositivo teórico y metodológico para inmunizar al pensamiento del virus contagioso de la razón soberbia. (Abro aquí un paréntesis: a mí me gusta, más bien, la figura de la *razón humilde*, entendiendo por humildad una virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y fragilidades y en actuar de acuerdo con ese conocimiento). Se trata, en cualquier caso, de una forma de la razón nómada que no teme enfrentarse a las dudas, que formula más preguntas que respuestas, que actúa asumiendo numerosas afiliaciones e interrelaciones, que recurre a lo nuevo y a lo viejo en un peregrinaje sin principio ni término. Porosidad de una razón libre y no estática que tiene, si somos fieles a la epistemología de nuestro colega uruguayo-mexicano, en la *estrategia de los rodeos*, en la *táctica de las transiciones* y en la *máxima de los datos, los fétiches y los materiales*, los recursos epistemológicos para que el pensamiento nómada no acabe siendo seducido por los cantos de sirena de los vicios coloniales.

Llama la atención que nuestro autor utilice el lenguaje de los vicios y las virtudes morales y epistemológicas para someter a prueba exclusivamente la particularidad universal de la filosofía y la cultura mexicanas sin reparar demasiado en sus formas políticas. Quizá mi formación o, más bien, mal formación en las arenas resbaladizas de la política y los gobiernos, me lleve a resaltar el lugar que ocupan y el papel que desempeñan las virtudes y los vicios públicos en la salud o enfermedad de un Estado o República. Charles de Montesquieu, por ejemplo, en ese libro canónico que es *El espíritu de las leyes*, mitad tratado filosófico y mitad ensayo sociológico, señala que la corrupción de un régimen político y su eventual caída dependen no solamente de su naturaleza, sino se encuentran asociados sobre todo a su principio. Entre los principios o pasiones políticas propios de la monarquía se encuentra el honor, del despotismo el temor y de la república, si es aristocrática, la templanza, y si es democrática, la virtud. No puede existir república democrática digna de ese nombre, sostendría el famoso barón francés, sin la presencia y cultivo en los ciudadanos de la virtud política, entendida ésta como una suerte de amor a la patria y a la igualdad. La lección parece clara: sin demócratas no hay democracia que sobreviva a sus propias fragilidades y contingencias. Alexis de Tocqueville, en sintonía con lo anterior, sostiene que se requiere cultivar en el Estado un conjunto de virtudes o “hábitos del corazón” (¡qué bella expresión!) a fin de hacer compatibles el interés de los pocos (aristocracia) con el interés común de los muchos (democracia). Se pueden diseñar las mejores leyes y construir las mejores instituciones, pero si no existen los hombres y las mujeres concretos que obedezcan esas leyes porque participaron en su elaboración y hagan funcionar esas instituciones según su espíritu y no solo su letra, el futuro de la República está en peligro.

Pero dejemos por un momento mis obsesiones politológicas. Pereda recurre en el segundo apartado de su libro a los recursos de la razón porosa para disolver la *falsa dicotomía* entre el universalismo abstracto y el particularismo cultural: “sin análisis particulares de una situación, las abstracciones suelen volverse vacías. Pero sin los marcos de referencia de las abstracciones, se tiende a no captar plenamente el sentido de los análisis concretos” (p. 99) y, con ellos, pensar de manera nómada los *reclamos* de dos valiosos pensadores de y en México: Ignacio Ramírez y Luis Villoro. Es a estas alturas de la lectura del libro que nos ocupa donde la propuesta perediana de pensar a México adquiere carne, hueso y un poco de tuétano: discutir las políticas de la identidad, el nacionalismo y la esencia de lo mexicano con la finalidad de dibujar los contornos de una política de la inclusión sustentada en un conjunto de reclamos públicos y prácticos contrarios a cualquier forma de exclusión social.

En el México del siglo XIX, por ejemplo, el republicanismo radical de Ignacio Ramírez, mejor conocido como “El Nigromante”, estaba pendiente de los vicios coloniales —y en un ir y venir interminable entre el universalismo abstracto de la tradición occidental y los particularismos culturales de la circunstancia mexicana decimonónica—, produce los esbozos de una moral, una legalidad y una política de la integración. Se trata, en este caso, de un reclamo en contra de políticas de la identidad paralizante que producen una triple exclusión política: la exclusión de las y los indígenas; la exclusión de las mujeres; y la exclusión de las y los “jornaleros”: las y los campesinos u obreros.

Luis Villoro, por su parte, visibiliza en sus diferentes libros los reclamos por las injusticias que padece el México indígena en el siglo XX, así como la pluralidad impura de las culturas; opone a las creencias ideológicas, cuya función consiste en arraigar los sobreentendidos que respalda el poder político en turno, las creencias críticas o también llamadas “disruptivas”; e ilumina un problema concreto y lacerante, como el de las desigualdades sociales en México, con reflexiones abstractas y teorías generales sobre la sociedad y la justicia. Su legado principal, según Carlos Pereda, radica en construir una teoría de la justicia no solamente como antídoto contra cualquier forma de exclusión social (por ser una persona indígena, por ser una mujer, por ser un pobre, por ser un refugiado, por ser un discapacitado, por ser homosexual, lesbiana, transexual o transgénero, etcétera), sino también como cemento para la colaboración social.

En el tercer apartado del libro, Pereda se pinta una “X” en la frente, parafraseando al maestro Alfonso Reyes, para ofrecernos a sus lectores distintos esbozos sobre pensadores mexicanos incómodos e irreverentes. El eje conductor consiste en descifrar, con epistemología nómada, el acertijo: ¿quién se es cuando se es mexicana o mexicano? Para responder esa pregunta propia de filósofos o chamanes, el autor recurre a un repertorio muy completo y apasionante de

políticos, grupos culturales, filósofos, artistas y escritores donde desfilan Porfirio Díaz, Justo Sierra, Antonio Caso, Samuel Ramos, Mario Moreno *Cantinflas*, Jorge Portilla, José Gaos, el grupo *Hiperión*, Leopoldo Zea, Emilio Uranga y José Revueltas. No voy a detenerme en los fragmentos del oscuro, y para mi incomprendible, capítulo dos del *Análisis del ser del mexicano* del controvertido filósofo heideggeriano Emilio Uranga. Esa tarea se la dejo a mis colegas y amigos filósofos del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y del Grupo de Investigación de Teoría y Filosofía Política de la UACM, y no a un simple politólogo, como un servidor, que solo atina en sus momentos de inspiración a contar votos y escaños. Me concentraré, por tanto, en algunas reacciones al vuelo a las ideas de un personaje nómada, disidente entre los disidentes, como lo es José Revueltas. El escritor y militante político de izquierda critica a la filosofía de lo mexicano, propia del grupo de los hiperiones, porque construyen una ontología que no es propia de un solo pueblo y además sus rasgos definitorios -como el tan manoseado sentido mexicano de la muerte- se encuentran sujetos a cambios constantes asociados a la historia, la economía, el territorio y la misma cultura. Más allá de cierto esencialismo, Revueltas le otorga carta de naturalidad, abrevando del marxismo de su época, al contexto histórico en el cual se producen y redefinen constantemente no solamente la idea de lo mexicano, sino también el sentido de la Nación y el nacionalismo. Paradójicamente, en otros textos políticos del propio Revueltas, como *Los errores* o *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, podemos encontrar una relación menos determinista y unilateral entre el contexto objetivo y las subjetividades propias de las personas y las colectividades.

Quisiera terminar esta presentación con un aspecto de forma del libro, aparentemente menor, que, en el contexto del pensamiento nómada de Pereda, también es mayor y de fondo. Me refiero al muy amplio e ilustrativo aparato crítico que tiene este volumen: 194 notas a pie de página, algunas de ellas muy extensas y eruditas. En estas notas aparentemente marginales, los lectores podemos darnos un verdadero festín de reflexiones, autores, debates, escuelas, disciplinas académicas, enfoques, acontecimientos, libros de referencia, fuentes secundarias y uno que otro chisme simpático y picoso. Como aquel en el que el malhumorado filósofo mexicano Emilio Uranga llamó a Daniel Cosío Villegas —historiador, economista, ensayista mexicano y fundador del Fondo de Cultura Económica—, “vieja chismosa”. No sé si Cosío Villegas, conocido en los corrillos de las élites culturales mexicanas como “Daniel el Travieso”, era realmente una “vieja chismosa” como presume Uranga. Pero lo que sí sé gracias a la lectura del magnífico libro de Carlos Pereda —y más allá del sexismo reprochable del filósofo controvertido y asesor de Gustavo Díaz Ordaz—, es que la mejor y más seria filosofía nómada no tiene por qué estar peleada con el sentido del humor.